

## El retorno

Manuel Campa

Si aceptamos como una imagen aproximada de la vida de cualquier hombre que, en la primera parte de la misma, intenta correr mundo y, en la última, procura volver a los orígenes, este esquema se acerca bastante a la trayectoria de los emigrantes asturianos tradicionales. G. Steiner recurre a los albores de nuestra cultura para explicarlo: cada uno es protagonista, primero, aunque sea en una parte mínima, de la Iliada, e intenta la conquista de Troya; después, dedicará sus esfuerzos a regresar a la Itaca natal. Pérez de Ayala, que se define a sí mismo como “un indiano de las letras”, afirma haber escuchado el consejo homérico:

“Sé un hombre, sal de Grecia,  
pon la mira en el blanco  
adonde un interés universal converja.”

Si esta es una forma superior de vida, habrá que lamentar, no tanto que los jóvenes asturianos se vayan “mundo alante”, sino que no tengan suficientes oportunidades para el regreso, una vez que hayan corrido mundo para formarse y por motivos profesionales. Es un lugar común, un tópico muy socorrido, que el amor a la tierra nativa, a diferencia de otras formas de amor, no se aminora con la distancia ni con el tiempo –aquí la distancia no es el olvido. Dos grandes poetas lo dicen de manera diferente, ya que el ser se dice de muchas maneras, según la expresión clásica. Para el autor de “Tigre Juan”:

Solo existe una especie de amor  
Tan dadivoso y de tenaz esencia  
Que la mantenida distancia  
Ni la prolija ausencia,  
Lejos de entibiar su rescoldo  
Y poner en su combustible mengua,  
Se aviva día por día, se dilata  
Al ámbito del alma, y la domeña.  
Es el amor hacia la patria chica.  
Es el amor a la nativa tierra.

En contraste con esta deslumbrante riqueza de léxico del autor ovetense, Luis Cernuda se refiere a la patria perdida repetidamente, desde el exilio, con el depuradísimo estilo de su última época:

Tu sueño y tu recuerdo, ¿quién lo olvida,  
Tierra nativa, más mía cuanto más lejana?

Pero, si la partida del emigrante era heroica, a los dieciséis años, para no entrar en quintas, y sin haber salido nunca antes del pueblo, el momento del retorno era también problemático. ¿Cuándo regresar? Sin duda, que hay un punto de no retorno, tal vez es el momento de tener nietos; el emigrante no puede estar mucho tiempo lejos de ellos. Pero es, también, frecuente el regreso antes de tiempo, cuando la seña, la morriña arrastra y se abandona todo para volver a Itaca. Lo expresa muy bien Kavafis: “Mas no apresures el viaje. Mejor que se extienda largos años y en tu vejez arribes a la isla con cuanto hayas ganado en el camino”. El ejemplo más tópico era el del indiano viejo, rico

y enfermo, que regresaba para casarse con una moza de su pueblo, es decir “El indiano y su mujer”, el cuadro pintado por Evaristo Valle. Esta solución no era satisfactoria: el casarse ya viejo y enfermo; tampoco lo sería para la moza más galana. Pero volver sin nada estaba mal visto; era el americano del pote:

Americanu del pote,  
¿cuándo viniste,  
cuándo llegaste?  
La cadena y el reló  
¿qué lo ficiste,  
ya lo empeñaste?

Si es muy justo el reconocimiento a los indianos que construyeron escuelas, traídas de aguas, quioscos de música, que crearon fundaciones, etc., en cambio, la sociedad asturiana fue muy injusta con el emigrante que, en vez de traer dinero, aportaba, a su regreso, la experiencia del largo viaje, la mentalidad renovada del que corrió mundo, tan necesaria para la modernización de Asturias. La influencia benéfica de los emigrantes sin fortuna sirvió para que descubriéramos la importancia de otros valores, además del dinero: un asturiano viajado es, casi siempre, un factor de progreso, porque potencia el cambio de mentalidad de los que se quedaron. Celso Amieva, el gran poeta de Llanes, retrató magistralmente, en un soneto, uno de esos indianos sin fortuna económica:

De América volvió con jipijapa,  
Espejuelos, bigote y voz criolla.  
Mas, verse en Cué sin pesos ni bambolla,  
Indiano pobre, le importó una papa.  
Se agenció una pianola con la chapa  
De Ferreiro y ganó para su olla  
Yendo de Cué a Belmonte, a la Borbolla,  
Músico andante del llanisco mapa.  
Dándole cuerda a su sonoro trasto,  
Fumando con fruición un mataquinto,  
Brindó a la mocedad la dicha a pasto.  
Hizo con su rocín vida tranquila  
Desde que por la sidra y por el tinto  
Sacrificó mezcal, pulpe y tequila.